

CAPITULO VII.

El culto de María desde el Concilio de Efeso.—Institucion de las festividades de la Santísima Virgen.

Nestorio fué el gran promovedor del culto de María. Queriendo deprimirlo, lo consagró; queriéndolo rechazar, lo provocó. Puso en toda evidencia, y reunió como en un centro luminoso esta verdad, que se hallaba difundida por toda la doctrina de la Iglesia desde los Apóstoles; que la Maternidad divina de María es el argumento heróico de la Divinidad de Jesucristo, y como el *Paladion* del Cristianismo. Dió á esta verdad y al culto que la profesa su forma mas acabada, y su justificacion mas brillante. Dió á los pueblos cristianos toda la conciencia de su piedad para con la Madre de Dios. En este sentido, es en el que se puede con verdad decir, que el culto de María data del Concilio de Efeso en el siglo quinto, asi como en otro sentido ha sido una verdad decir, que afluye á él. El rio se convierte en una catarata, por el solo hecho de ponerle un obstáculo que, reuniendo la potencia, hasta allí sucesiva y plena, de su corriente, hace subir su nivel á cierta altura de esperiencia y de verdad, desde la cual se estien- de sobre todo el mundo.

Esta nueva fase del culto de María es lo que deberíamos describir. Pero tiene unas proporciones tan vastas, que es preciso renunciar á ello; serian volúmenes, en lugar de capítulos, lo que habria que consagrar á este objeto. Esta es la razon por qué lo creemos innecesario. Lejos de poner en cuestion la plenitud de la devocion del mundo á la Virgen despues del Concilio de Efeso, hácese de ella un argu-

mento, presentándola como una innovacion sin fundamento y sin raices en los siglos primitivos. Lo que importaba, era por lo tanto demostrar estos fundamentos, estas raices de la devocion á la Virgen que se desarrolló en el siglo quinto, en el siglo cuarto, en el tercero, en el segundo, y hasta en el primero. Así lo hemos hecho, y es lo que habia que hacer: porque estos primeros siglos no habian sido examinados lo bastante, ni eran bien conocidos, mientras que los siglos posteriores tienen sus numerosos historiadores y apologistas. Y precisamente esta clara luz difundida sobre esta última fase histórica de la devocion á María, es lo que ha perjudicado á la primera, sumiéndola en la oscuridad, ó lo que aun es peor, en la falsa luz de documentos apócrifos, que dejaban entrever y sospechar, tanto mas, que carecia de fundamento. Hemos tenido que seguir una marcha inversa. Hemos evocado estos primeros siglos, poco conocidos ó embozados con la capa de una falsa ciencia, y los hemos hecho aparecer con la autoridad natural de la doctrina Apostólica. Los testimonios que hemos aducido, desde San Juan hasta San Cirilo, no reconocen otros que los aventajen, hasta me atreveria á decir, que los igualen, en todos los prodigios de devocion á María, que han llenado la edad media.

Las catedrales de Chartres, de Reims y de París son, sin el menor género de duda, unos maravillosos testimonios de esta devocion; pero lo que es mas grandioso y con mas vida aun, es la doctrina, es la piedad que ha inspirado su ereccion; son las alabanzas y las invocaciones á María que resuenan en ellas; es el alma y el aliento de estos grandes cuerpos. Esto es, por lo mismo, lo que hemos tenido que demostrar en la Esposicion que precede.

En una palabra, hemos escrito para *probar*; no nos queda ahora que escribir sino para *referir*. Bastantes otros lo han hecho, para que nosotros no tengamos que repetirlo, y el mundo todo publica la gloria de la Madre de su Salvador.

No delinearemos aquí sino algunos de los principales rasgos del cuadro de la vida y del culto de María en la sucesion de los siglos cristianos, desde el Concilio de Efeso.

Como hemos visto, Nestorio encontró el culto de la Ma-

dre de Dios en posesion de monumentos seculares, que el Cristianismo le habia levantado desde que pudo levantar algo sobre el suelo pagano. Consagrando Constantino la capital de su imperio á la Virgen, en medio de todos los obispos que acababan de confesar la fé en Nicea (1), Santa Elena, su madre, levantando tres santuarios á María en los Santos Lugares, el uno que abrazaba la humildé morada de Nazaret, donde María con la salutacion del Angel habia recibido de una manera divina el Hijo de Dios; el otro en la gruta de Belen, donde ella lo habia parido; y el tercero en el camino del Calvario, donde, segun su tradicion, lo habia encontrado (2); estas dedicaciones y monumentos, digo, habian sido como la primera toma de posesion del mundo por María.

A esta primera época remonta la ereccion en Roma, por el Papa Liberio, de *Santa María la Mayor*, llamada así porque ha sido la Iglesia *Patriarcal* erigida á María por el Cristianismo, como la de Letran á Nuestro Señor, llamada tambien precedentemente *Santa María del pesebre*, y primitivamente *Santa María de las Nieves*, á causa de un milagro que motivó su primera construccion, y cuya conmemoracion es objeto de una fiesta que se celebra el 5 de Agosto (3). Igualmente, la Iglesia consagrada á María por el Papa San Silvestre, bajo el nombre de *Libera nos a pennis*, en medio del *Forum*, y la de *Santa María, al otro lado del Tiber*, cuya construccion hace remontar Baronio al Papa San Calixto, en el siglo tercero, debida á la tolerancia que Alejandro Severo dispensaba á la fé de María, su madre, nos manifiestan con toda claridad la antigüedad de este culto virginal, cuya subterránea presencia acaba de darnos á conocer el cementerio de Calixta.

Lo que hay de cierto, es que desde que la Iglesia ha podido, sin ninguno de los inconvenientes que hemos señala-

(1) ZONARAS, *Annalium*, lib. III. — NICEPHORUS, *Eclesiast. histor.*, cap. XXVI.

(2) Ibid., BEDA, *ADRICOMIUS* et alii.

(3) BENEDICTO XIV, *de Festis*, lib. II, cap. VII.

do, ha practicado por medio de un culto público y solemne la doctrina de la alabanza y recurso á la Madre de Dios, que no ha cesado de confesar por sus Concilios, sus Doctores y sus Padres. La devocion á la Virgen ha nacido con todos los pueblos cristianos. Lo que acabamos de manifestar en Constantinopla y en todo el Oriente, y despues en Roma, sucedia en España y en las Gálias. Los santuarios de *Nuestra Señora del Pilar* en Zaragoza, de *Nuestra Señora de Atocha* ó de *Theotoca* en Madrid, de *Nuestra Señora del Puerto* en Clermon, de *Nuestra Señora de los Dones* en Aviñon, de *Nuestra Señora de las Gracias* en Arlés, de *Nuestra Señora de la Daurada* en Tolosa, de *Nuestra Señora de Roc-Amadour* en la diócesis de Cahors, de *Nuestra Señora de Amiens*, de *Nuestra Señora de Chartres*, de *Nuestra Señora de París*, pueden ejercitar mas ó menos la crítica en cuanto pretende referirlos al quinto, cuarto, tercero, segundo y aun al primer siglo del Cristianismo; mas lo que parece incontestable es, que se remontan á la misma introduccion del Cristianismo en estos diferentes paises, por los primeros Apóstoles y Evangelistas que les llevaron la fé.

Los Papas y los obispos han sido los primeros introductores y siempre los mas fervorosos celadores del culto de la Madre de Dios.

Es necesario reconocer tambien, que por una consecuencia del mismo designio que ha querido que el mundo fuese deudor de su regeneracion á la mujer, las mujeres han tenido una justa parte de influencia en el establecimiento del Cristianismo, y lo han consagrado con mucha razon por el culto de Aquella que las honra, y cuyo seno virginal ha sido el primero y mas puro templo cristiano. Callista, Mamea, Elena, Clotilde, espican bajo este punto de vista la capilla de la Virgen en las Catacumbas de San Nereo y San Aquileo, Santa María, al otro lado del Tiber, la dedicacion de Constantinopla á María y Nuestra Señora de París.

La emperatriz Pulqueria que, por la eminente pureza de su carácter, tuvo un grande ascendiente sobre Teodorico II, su hermano, despues sobre Marciano, su esposo, con quien vivió virgen, es tambien un ejemplo brillante de esta misma

influencia. Mientras que ella concurría á la convocacion de los Concilios de Efeso y de Calcedonia, hacia levantar á la Virgen en Constantinopla tres basílicas magníficas, y por mucho tiempo célebres, las iglesias de las Bluquernas, la de Calcopratea y la de los Gidas. En la primera eran veneradas las fajas con que habia sido envuelto el sagrado cuerpo de María en el sepulcro; en la segunda el cingulo virginal que habia ceñido durante su vida, y en la tercera la imagen tan célebre de su rostro angelical, atribuida al pincel de San Lucas (1).

En este mismo siglo quinto y en el siguiente, fueron levantados nuevos templos suntuosos á María en Constantinopla por los emperadores que se sucedieron, particularmente por Leon I y por Justiniano; y no solamente en Constantinopla, sino en Jerusalem, en Alejandria y en Cartago. El agradecimiento vino á juntarse á la fé y a la piedad en estos grandes testimonios de religion; porque Maria, por los beneficios que su intercesion alcanzaba del cielo sobre la Iglesia á favor de los emperadores y de los pueblos, les pagaba el culto de alabanza y de invocacion que de ellos recibia. Esta es la bella reflexion que hace el venerable Baronio, respecto de Justiniano: «La Madre de Dios y Justiniano, dice, parecieron luchar entre beneficios y deberes de agradecimiento. En efecto, así como este defendia contra Nestorio el eminente título de la Virgen, su dignidad de Madre de Dios, ella le hizo llegar al supremo poder; y así como él levantaba numerosos santuarios á la Iglesia de su bienhechora, en particular la magnífica basílica de Jerusalem, así le fué concedido subyugar toda el Africa; por lo cual se mostró nuevamente agradecido, erigiendo otros muchos templos en Cartago. De esta manera el hombre y Dios parecen competir en mútuos servicios; de tal manera, sin embargo, que Dios supera siempre, y que no queda al hombre sino un medio de vencer, que es confesar con acciones de gracia que Dios le aventaja en favores (2).»

Este combate de lo que la Iglesia ha hecho para María y de lo que María ha hecho para la Iglesia, y de la gloria que de

(1) BARONIUS, an. 450.—Nicephoro.

(2) BARONIUS, an. 534.

aquí ha resultado para Dios y de la grandeza para el mundo, es uno de los espectáculos mas bellos de la historia. Cada monumento levantado es honra y gloria de María, desde la basílica imperial hasta el sencillo altar de césped; cada festividad, cada alabanza fundada ó introducida en honor suyo, es un testimonio de sus beneficios, no menos que de la confianza que los invoca. Constantinopla, librada cien veces de los desastres de la naturaleza ó de los bárbaros, y otras tantas agradecida por nuevos honores tributados á la Madre de Dios; el imperio de Oriente, así sostenido por la proteccion de María, hasta que los imperios de Occidente hayan acabado de levantarse bajo la misma proteccion; he aquí lo que resulta de mil rasgos de la historia de la Iglesia, que se pueden leer en todas partes, y que no tenemos tiempo de referir.

Los templos suponian las fiestas y todo el culto. Se debe creer, pues, que la Virgen Maria ha tenido festividades consagradas en honor suyo desde que ha tenido templos, es decir, á lo menos desde el siglo cuarto. Sin embargo, no se deberia de ningun modo juzgar de estas fiestas por solos los sermones que se encuentran en las obras de algunos Padres del cuarto y hasta del tercer siglo. Estos sermones les han sido atribuidos contra toda regla, si no es por el fondo que se encuentra, mas ó menos, en sus demás escritos, por lo menos en su forma de sermón ó de homilia para tal ó cual festividad de la Santísima Virgen.

Las fiestas de la Purificacion, de la Anunciacion y de la Asuncion son las mas antiguas de la Virgen. Sin embargo, su institucion regular parece posterior al Concilio de Efeso. ¿Habria que deducir de aquí que la Virgen no ha tenido culto público sino á partir del Concilio de Efeso y hácia el *siglo sétimo*, como se pretende con mas parcialidad que crítica? Todo cuanto hemos visto declara en contra de esta opinion. La devocion de la Iglesia á favor de María ha precedido siempre, y algunas veces de siglos, á la institucion litúrgica de sus fiestas. Las primeras y mas gloriosas festividades de María han sido las de su Hijo Divino; en particular las festividades de la Epifanía y Navidad. Esto es lo que se descubre evidentemente en las alabanzas y oraciones compuestas en honor de María

por San Epifanio y San Efrem, con motivo de estos misterios. En fin, ¿qué solemnidad mas grande que la dedicacion de Constantinopla á María por el primer emperador cristiano? ¿Qué fiesta tan permanente como un templo cual el de Santa María en Efeso? ¿Qué solemnidad de culto no supone la invitacion hecha por el mismo Nestorio á San Proclo para que viniese á celebrar á María, en la Iglesia de Constantinopla, que el panegírico que este santo obispo pronunció allí, y el grito de todo el pueblo al huir de aquel templo profanado por la primera aparicion de la heregia? He aqui el culto de María *antes* del Concilio de Efeso y del siglo cuarto.

Tomasino, cuya severa crítica nada perdona en esta materia, despues de haber establecido que la fiesta de la Purificacion fué instituida por Justiniano en el siglo sexto, contrariando á Baronio, que la hace remontar á San Gelasio, en el siglo quinto, remonta á mayor antigüedad el culto público de María.

«Sin embargo, dice, no se vaya á creer por esto que antes de Justiniano no habia habido en Oriente fiesta de María que fuese observada; porque Nestorio y Cedreno refieren que Pulqueria erigió en Constantinopla un templo llamado á los *Bluquernes*, sin hablar de la basilica, mucho mas antigua, de Santa María en Efeso, en donde el concilio fulminó sus anatemas contra Nestorio. Estos templos suponen evidentemente solemnidades en relacion con su consagracion, aun cuando no fuese mas que su dedicacion. Por último, en la historia de San Theodosio se hace frecuente mencion de las fiestas de la Santísima Virgen en estos términos: *Este día era día de fiesta, fiesta de la Santa Virgen Madre de Dios, y á causa de la grande pompa y solemnidad de su celebracion, se hallaba allí una gran concurrencia.* ¿Cuál era el objeto propio de esta fiesta? Lo ignoramos. Pero no cabe duda en que ella era muy anterior al tiempo de Justiniano (1).»

Igualmente, respecto de la fiesta de la Anunciacion: despues de haber manifestado que el vestigio mas antiguo de ella aparecia en el Concilio de Toledo y en el Concilio de Constan-

(1) TOMASINO, de *Dier. fest. celebrat*, lib. II, cap. XI.

tinopla, en el siglo sétimo, Tomasino descubre muy juiciosamente este motivo de tal institucion en el primero de estos Concilios, que *la Madre no podria tener mayor fiesta que la de la Encarnacion del Verbo en sus entrañas, y por consiguiente que esta fiesta de la Madre debe ser solemnizada como la de la Natividad del mismo Hijo*: despues deduce de aquí, que el mismo motivo ha debido hacer celebrar mucho mas pronto la festividad de la Maternidad divina de María. «Estoy inclinado á creer, dice, que aunque no se halle en San Agustin y en San Epifanio, despues de haberlos examinado cuidadosamente, vestigio alguno de la fiesta llamada propiamente de la Anunciacion, esta fiesta era sin embargo observada piadosamente por gran número de fieles, y que la costumbre introducida así poco á poco en la Iglesia, llegó á ser regularmente instituida por el Concilio, el que funda su propia decision en que *en un gran número de Iglesias apartadas y diseminadas, se hallaba ya en uso esta fiesta.* No temo ir demasiado lejos, añade Tomasino, refiriendo á doscientos ó trescientos años antes el origen de esta devocion piadosa y privada, la cual ha sido el primer manantial de donde, estendiéndose y propagándose, han llegado á su formal institucion las mas augustas solemnidades de la república cristiana (1).»

Por último, despues de haber consignado que la fiesta de la Asuncion no podria tenerse por establecida antes de los siglos sexto ó quinto, añade Tomasino: «Muchos se estrañarán de que no asignemos origen mas antiguo á esta gran solemnidad. Pero los antiguos monumentos, en que nos fundamos, están á la vista; todo el mundo puede apreciarlos. Esto no es decir que el culto de la Madre de Dios no sea mucho mas antiguo. Así, Sozomeno refiere, que en el oratorio llamado *Anastasia*, cedido á Constantinopla por San Gregorio de Nazianzo, se obraban muchos milagros, y que la Madre de Dios se aparecia frecuentemente en él. De hecho, se encuentra en las liturgias mas antiguas la conmemoracion de María, como igualmente la de los Angeles, de los Patriarcas y Profetas, antes que se hubiese establecido fiesta alguna en su honor.

(1) TOMASINO, de *Dier. fest. celebrat*, lib. II, cap. XIII.

El culto de María se hallaba tan arraigado, que los Coliridianos incurrieron en la idolatría con motivo de él, segun vemos por San Epifanio. Finalmente, no debemos perder de vista que muchas fiestas del Salvador eran comunes á su Madre, á saber: la festividad de la Encarnacion, de Navidad, de la Epifanía y de la Presentacion en el templo (1).»

Teníamos el deber de citar este lenguaje de un crítico no sospechoso de ligereza ó parcialidad, porque, sin sacrificar nada del rigor histórico de los hechos, no permite á la heregía ni á la indevoción sacar partido de ellos, á espensas de aquella recta apreciación que debe penetrarlos para juzgarlos cual se debe, y que constituye la filosofía de la crítica. De ello resulta lo que nosotros tenemos interés en establecer, que la posterioridad de la institucion de las fiestas de la Virgen, no debilita en nada la anterioridad y la antigüedad de su culto, tal cual lo hemos espuesto anteriormente.

La última observacion de Tomasino nos parece, sobre todo, decisiva. No se puede hacer abstraccion de la Madre, si me atrevo á hablar así, en la celebracion de los misterios del Hijo, que por sí mismo la realzaba. Así es que, desde el primer siglo, el misterio de la Epifanía se hallaba representado en la capilla del cementerio de Calista por una pintura de la Virgen, que ofrecia su Hijo divino á la adoracion de los Magos, recibiendo ella misma el homenaje debido á tan augusta Maternidad. ¿Qué no sucederia con el misterio de la Encarnacion, en el cual esta virginal Maternidad era el templo mismo y como el foco del misterio? ¿Podia festejarse la Encarnacion sin festejar á María, en quien y por quien se habria obrado, sin festejar la Anunciacion? ¿Y qué fiesta mas grandiosa, puesto que ella se encontraba elevada con esto á la altura misma de la fiesta de la Encarnacion? Por esta razon, cuando mas tarde fué separada de ella la fiesta de la Anunciacion, el Concilio de Toledo creyó deber celebrarla con tanta solemnidad como la de la Natividad misma del Verbo, *cujus utique ita debet esse Festum solemne, sicut est ejusdem Nativitas Verbi*, á causa de esta comunidad de la Madre y del Hijo, que

(1) THOMASSINUS, de *Dier. fest. celebrat.*, cap. XX.

hacia decir al mismo Concilio: *Nam quod Festum est Matris, nisi Incarnatio Verbi?* Así se puede decir que, por una penetracion patética, la Madre era festejada en primer lugar, en la festividad del Hijo, como el Hijo lo fué en seguida en la festividad de la Madre. Esta festividad de la Anunciacion, nacida así de la Encarnacion, vino á ser despues como el origen de donde emanaron las demás festividades de la Virgen, particularmente la Natividad, la Purificacion y la Asuncion. Tal es la genealogía de las festividades de la Santísima Virgen.

Por otra parte, este culto hacia referencia desde entonces, como hoy, á circunstancias muy diversas, independientemente de la celebracion de estos grandes misterios. De modo que era el culto de los estados mas privados de la vida de la Santísima Virgen, como sus Desposorios, la Espectacion de su parto, sus gozos y sus dolores maternos, era el culto de sus reliquias ó las de su Maternidad divina, tales como su morada en Nazaret, su ceñidor, su sudario, su Imágen, el pesebre donde ella habia reclinado al Niño-Dios, la túnica, obra de sus manos, con que le habia envuelto; era el culto conmemorativo de sus comunicaciones y apariciones, de sus beneficios y de sus milagros, origen y sosten de tantos santuarios; era, en fin, bajo títulos sin número, el culto de sus privilegios y de sus virtudes. El culto de la Madre de Dios se ha dirigido desde su origen á ese carácter filial y cariñoso que se nutre de todo lo que interesa á su objeto, y que se reparte en mil maneras de honrarlo, de imitarlo, de invocarlo, para llegar, como por otros tantos caminos acomodados á nuestras necesidades y nuestras debilidades, á la union con Jesucristo y con Dios, segun la economía divina del Cristianismo. Este carácter privado y espontáneo del culto de María, ha precedido al culto mas solemne de sus misterios y lo ha producido. Esto atestiguan las dedicaciones de los primeros templos que le han sido consagrados, antes de la institucion litúrgica de sus festividades.

En la época de que hablamos, es decir, en el siglo sexto, la sabiduría inspirada del gran San Benito daba á las órdenes religiosas del Occidente aquellas reglas inmortales, que han quedado por base general, sobre la cual todas se han levan-

tado, y donde se halla resuelto ya por la esperiencia de doce siglos de vida y de virtudes sobrehumanas, el problema que la antigua sabiduría habia tan vanamente agitado en las monstruosas fábulas de su *República*. El culto de la Santísima Virgen que, en la liturgia de San Basilio, legislador de las órdenes monacales del Oriente, habia tenido una parte tan rica de invocacion y de alabanza, no debia tenerla menos importante á los ojos puros y perspicaces de San Benito. Por un estatuto espreso de sus constituciones monacales, se prescribe, de una manera absoluta y general, que en cada monasterio haya un oratorio erigido á la gloria de la Madre de Dios, y que su altar tenga el honor de ser visitado el primero en la procesion que debe tener lugar todos los domingos. Lo que sigue vá á darnos á conocer cuán bien, tanto sobre este punto como tocante á los otros, habia adivinado San Benito las condiciones morales de la vida monástica y sus virginales afinidades.

Sin embargo, la misma Virgen justificaba su culto correspondiendo á él con muy marcadas pruebas de su maternal poder. En Constantinopla y en Roma, habia hecho cesar repentinamente una peste, cuya larga devastacion amenazaba consumir la flor de la humanidad. En Roma, sobre todo, la dignidad Papal, en uno de sus mas augustos representantes, San Gregorio el Grande, experimentaba á la faz del universo la celestial proteccion de María, y gustando de sus beneficios, le consagraba nuevos honores. En lo mas fuerte del contagio, el Vicario de Jesucristo, seguido de toda la poblacion, daba procesionalmente vuelta á la ciudad, cantando el cántico invocatorio, las Letanias instituidas por primera vez con este objeto, y llevando en sus manos la imágen de la Virgen atribuida al pincel de San Lucas. El prodigio solicitado con una confianza tan humilde, no se hizo esperar mucho tiempo y no brilló á medias; la infeccion del aire se disipaba segun iba pasando San Gregorio, como si huyera de la vista de la imágen de Aquella que ha desinfectado el mundo del pecado. Al propio tiempo un Angel entonaba desde el alto cielo el *Regina caeli letare*, y la Iglesia de la tierra añadia á él, por boca de su Pontífice, la invocacion que termina esta An-

tífona, la cual despues no ha cesado de cantar. En seguida, sobre la mola de Adriano, llamado despues *Castillo de Sant-Angelo*, el Angel ejecutor de la cólera del cielo aparecia enviando la espada devastadora, con la cual ha sido despues representado. Este acontecimiento, demasiado notable y demasiado público para haber podido ser supuesto, nos es referido por mas graves y mas sábios historiadores, particularmente por el *Mabillon* de Italia, Carlos Sigonio (1).

De otra parte, San Gregorio era muy adecuado para ser el intercesor cerca de María, y por María cerca de Dios, para este grande acto de clemencia, él cuya piedad para con la Madre de Dios rebotaba en este bello panegirico: «Es seguramente de la Bienaventurada Virgen de quien habló Isaías cuando dijo, que habria una montaña de la casa del Señor, cuyos cimientos estarian sentados sobre la cima de las montañas mas santas. Ella, que por la dignidad de su eleccion ha aventajado á todas las criaturas mas amadas y mas favorecidas de Dios. ¿María no es, en efecto, una Montaña muy elevada, pues que para tener el honor de concebir al Verbo eterno ha debido impulsar la grandeza de sus méritos mas allá de todos los coros de los Angeles, hasta el trono de la Divinidad (2)?»

Pero María no solamente se manifestaba Madre por los efectos, sino que intervenia atestiguando su vida y su presencia en la Iglesia por apariciones figurativas ó personales que, rasgando el velo invisible, detrás del cual no cesaba de obrar, recompensaba la fidelidad de sus siervos, inflamando su confianza. Esto es lo que hemos visto ya en el tercer siglo, en la aparicion de la Virgen á San Gregorio el Taumaturgo. Es lo que tuvo lugar en el sétimo siglo, en otra igual aparicion á San Ildefonso, arzobispo de Toledo. Los historiadores de la vida de este grande Santo, y la tradicion de toda España refieren, que en agradecimiento por el celo elocuente con que Ildefonso habia defendido, en los escritos que nos ha dejado, la virginidad de María contra una heregía renovada de Helvidio, un dia, 18 de Diciembre, en que la España

(1) De *Regno Italiae*, lib. I.

(2) In. libros, *Regum* I, cap. I.

toda celebraba la *Embajada* del Angel Gabriel á María, esta Virgen Santísima se apareció rodeada de Espíritus á su panegirista, llevando en sus manos el mismo libro que le había consagrado, y en pago le dió una casulla resplandeciente por su blancura. Un Concilio de Toledo, en el siglo cuarto, instituyó una fiesta en memoria de este prodigio; la facultad de Teología de París, en el siglo diez y seis, fundaba en este acontecimiento la doctrina, que las almas pueden con permission divina venir á visitar á los vivientes; y la Sorbona lo hizo representar en las vidrieras de su Iglesia.

Mas aqui nuestro papel de historiador corre grande peligro de descrédito acerca de ciertos espíritus, no digo deistas ó ateos, sino cristianos, protestantes y hasta católicos. Y como tendremos que referir varios hechos maravillosos en esta rápida Esposicion de la vida de María en la Iglesia, sentimos la necesidad de esplicarnos sobre un sistema de denegacion, de creencia á estos hechos, cuyo menor resultado seria hacernos perder á los ojos de sus partidarios la dignidad de hombre sensato, y aun mas, de filósofo cristiano; dignidad que nos es necesaria para honra de nuestro asunto, y la cual queremos conservar para nuestro honor propio.

Este asunto merece suspendamos nuestra Esposicion histórica por una breve disertacion, y que á este efecto le abramos un capítulo.

CAPITULO VIII.

Estudio sobre la credibilidad en los milagros fuera del Evangelio.

§. 1.

I. Es preciso convenir en el embarazo legitimo en que se encuentran las almas mejor intencionadas, á vista de hechos maravillosos de que están tegidas las relaciones históricas de la Virgen y de los Santos, en los casos en que muchos de estos hechos parecen inadmisibles, y que su mezcla con otros mas creibles, sin *criterium* cierto para desenvolver la parte histórica de la leyenda, tiene el espíritu en suspenso sobre el conjunto de estas manifestaciones del mundo sobrenatural.

Dos disposiciones se disputan entonces el espíritu: la sencillez que lo cree todo, la presuncion que lo rechaza todo.

Entre estas dos disposiciones, hay el derecho y hasta el deber de la critica.

Este derecho se estiende á todo, hasta, en un sentido, á los milagros evangélicos, como igualmente á todos los otros fundamentos históricos de la Religion, debiendo ser nuestra sumision siempre *racional*. De ahí todas las apologias y demostraciones, por las cuales la misma Religion provoca la critica. Hay, únicamente, esta diferencia entre los milagros consignados en la Escritura y los que han sobrevenido despues: que los primeros tienen en su favor la doble garantía de la historia y de la inspiracion, y que al propio tiempo se presentan á nuestra razon y á nuestra fé como los títulos primordiales de la Revelacion divina cerrados bajo el sello del Espíritu Santo; mientras que los segundos no tienen sino un ca-